

# SINGULARIDAD ARQUITECTONICA DE VALENCIA MARITIMA

En las últimas décadas de la centuria decimonónica, Valencia se asomaba tímidamente al mar, quedando su casco urbano casi de espaldas a su vocación mediterránea.

A comienzos de siglo el acelerón industrial provocaría un ascenso de la actividad marítima y comercial, propiciando la aparición de una arquitectura fabril en los accesos al puerto y una peculiar interpretación del modernismo en los barrios del Cabañal y Cañamelar, prácticamente unidos a la zona del Grao.

En curiosa simbiosis alternarían en todo este complejo la construcción industrial y marítima con la vivienda artesana y los edificios de recreo, albergando a una población mixta formada por el huertano, el pescador, el obrero, el artesano y el ciudadano atraído por las refrescantes brisas veraniegas.

La incidencia del fenómeno fabril y comercial con el poblamiento temporal en las playas provocó el nacimiento de un arte muy diversificado que osciló entre el revival y el «art nouveau», dentro de una línea interpretativa muy singular y hasta ingenua. Sus límites cronológicos abarcarían desde los primeros años de la centuria a la guerra civil (1).

En las vías de acceso al puerto valenciano, o ya en la propia zona marítima, intervino el gran arquitecto Demetrio Ribes en obras de distintas tendencias, tal como se manifiesta en su trayectoria artística, cuya obra más completa es, sin duda, la Estación «del Norte» de Valencia, expresión de una interpretación modernista de tipo regional a la par que europea. Fruto también de este modernismo es el almacén en el Camino Viejo del Grao, fechado en 1913. Ya dentro de una tendencia racionalista construye en hormigón su chalet en la playa de Las Arenas, calle Eugenia Viñes, 93, eliminando la decoración que había sido objeto de particular interés en su anterior etapa modernista, colaborando también en los Docks Comerciales del Puerto y en el restaurante La Marcelina, aparte de otras construcciones de tipo industrial en esta zona (2).

Enmarcando asimismo el conjunto popular de viviendas del Cabañal y Malvarrosa, tenemos otros edificios en relación con el arte modernista al que preceden, siguen o se distancian, ya que añade una nota más a la peculiar estructura de este distrito marítimo.

En primer lugar, un tanto ajeno al conjunto urbanístico creado en su entorno, se halla el pala-

cete de Ayora y sus jardines. Su marcado acento pre-modernista se revela en la fecha que ostenta su fachada, 1900, reflejo de un eclecticismo en el que existen reminiscencias clásicas en frontones, ménsulas y pilastras. Consta de planta baja y dos pisos, con una torre central de ángulos achaflanados y cúpula ochavada.

El interés se centra, sobre todo, en la decoración interior, ya modernista, en la que destacan dos pinturas de L. Beut, discípulo de Agravot, alusivas a figuras alegóricas femeninas, genios alados y ornamentos vegetales. La decoración está formada también por relieves dorados y policromados en los techos, nichos, escalera y balconaje, amén de motivos alusivos a Mercurio en el exterior. Los modernos, que no «modernistas» bancos gaudinianos armonizan poco con el resto del edificio, de carácter finisecular historicista y de ritmos más suaves.

El sentido utilitario de las otras construcciones surgidas hacia la primera década del siglo deja entrever, no obstante, detalles ornamentales en consonancia con el gusto modernista o en su órbita cercana: El más importante conjunto lo constituyen los tinglados de los muelles del puerto, realizados entre 1911 y 1914 por J. M.<sup>a</sup> Fuster Tomás y Víctor Gosálvez. Su estilo modernista se aprecia en la alternancia de elementos de orden clásico, hornacinas, conchas, capiteles, con motivos vegetales, naranjas sobre todo, símbolos de Mercurio, figuras mitológicas, escudos y alusiones a la flora y fauna marina como delfines. La utilización de revestimientos cerámicos, como en otros edificios del mismo estilo, prelude el modernismo popular, propio de El Cabañal.

Surgidos por las mismas fechas se hallan la antigua Lonja del Pescado, el matadero de El Cabañal y el mercado de El Grao, que utiliza el hierro en las columnillas y en los motivos florales y escudos de Valencia, que sirven de remate.

El propio matadero, cuya función queda aludida en las soberbias cabezas que decoran exteriormente las tres naves, se sirve de caprichosos elementos cerámicos ornamentales que recuerdan los grotescos

(1) SIMÓ, Trinidad, *La arquitectura de la renovación urbana en Valencia*, Albatros Ediciones, Valencia, 1973, págs. 186-198.

(2) AGUILAR, Inmaculada, *Demetrio Ribes (1875-1921)*, "Estudios Pro Arte", núm. 11, julio-septiembre 1977, páginas 50-69.

del plateresco, en tanto que otras franjas, a mayor altura y menor calidad artística, se limitan a motivos geométricos. El conjunto es de ladrillo visto y basamento de piedra, no faltando, en los ángulos que rematan las naves, caprichosos adornos de herrería.

De estos tres edificios, sólo la Lonja del Pescado ha perdido su antigua función, claramente aludida en los dos peces entrelazados que rematan la cancela de la puerta principal. Estos emblemas, así como la parte superior de este acceso con sus adornos florales, coinciden con otras labores de herrería frecuentes en esta época. Se utiliza ladrillo visto, con decoración que sugiere las bandas lombardas, interpretadas aquí muy libremente, del románico y con arcos de medio punto. La fecha de construcción, 1909, aparece bien patente en el remate de ambas fachadas.

El impacto modernista, insinuado tímidamente a lo largo de la gran avenida que comunicaba la ciudad con el puerto, y que hoy todavía se aprecia en la flor geometrizada o el disco «sezessionista» con las bandas colgantes de alguna fábrica o casa de vecinos de corte burgués, alcanzó también a las antiguas Atarazanas góticas, convertidas en espacios industriales y viviendas privadas, en las que surgieron balcones y miradores del estilo imperante a comienzos de siglo, y hoy en trance de ser repristinadas y devueltas a su originario estilo. Dos de las cinco fachadas correspondientes a las naves góticas se cubrieron con arquillos de herradura y una con azulejería de polígonos estrellados de gusto mudéjar. No escapó al estilo el nuevo Asilo-Hospital de San Juan de Dios, de La Malvarrosa, realizado en 1908 por el arquitecto Francisco Mora, en ladrillo visto.

El modernismo coexiste, pues, en este distrito marítimo con reminiscencias historicistas del más variado signo, patentes de igual modo en el balneario de Las Arenas, remedo del orden dórico-toscano, y en los hotelitos que, alineados, poblaron la playa de La Malvarrosa con palmetas, grecas, pilas de orden clásico, arcos conopiales y cupulillas musulmanas. Entre ellos hay que citar los restos del ya ruinoso chalet de Blasco Ibáñez.

Líneas más novedosas se observan en el Club Náutico del muelle de Poniente, de Javier Goerlich y Alfonso Fungairiño, y en las Termas Victoria, hoy sala de fiestas con otro nombre, en la que, junto a columnas de gusto clásico, no faltan el «latiguillo» modernista y bellas flores de girasol en delicado trabajo de herrería.

Tampoco fue ajeno el historicismo al arte religioso en un revival neogótico de sabor gaudiniano manifiesto en la iglesia de Cristo Redentor, Reina, número 96, con remates y rosetón «ad hoc», sin

que falte un retablito cerámico de la Coronación de la Virgen, bastante deteriorado, por desgracia.

Con cierto aire pretencioso aflora el historicismo en algunas casas de El Cabañal, predominando el plateresco que reviste las fachadas o queda reducido a breves insinuaciones. Es perceptible esta decoración en las casas de la calle de la Reina, número 174, o en el 243 de Escalante, con dos leones tenantes en el remate y disco con las iniciales J. G.

En otra línea se halla el edificio destinado a Escuelas Nacionales de Orientación Marítimo Pesquera, contiguo a la estación de ferrocarril de vía estrecha denominada «Termas», que se construyó en 1904 con el nombre de «El progreso pescador», funcionando en principio como asilo. Lo más destacado es el trabajo en hierro de los arcos de la planta baja y barandilla del primer piso, de inspiración geométrica y rigurosa simetría.

Queda para el final lo que constituye nota singular y típica, aunque no única, en las fachadas populares de El Cabañal: la utilización de la cerámica (3). Esto no excluye la existencia de otra versión más «burguesa» del modernismo que remeda los grandes edificios de este estilo adaptando sus caracteres a los, en general, más modestos, del distrito marítimo.

Los edificios «no cerámicos» ofrecen buenos ejemplos del estilo, reducido a veces al típico «latiguillo» en el balconaje férreo, como en José Benlliure, 198; Eugenia Viñes, 253, o integrando la totalidad del edificio.

No mencionamos aquí las casas contiguas al mercado de El Grao, en las que aparece repetidas veces el típico disco sezessionista, por quedar algo fuera de los límites propuestos, aunque sí interesa constatar que este motivo se utiliza también en El Cabañal, calle José Benlliure, 238.

Algunos edificios de esta zona ofrecen singular interés, en particular los números 61, 64, 66 y 184 de la calle de la Reina y el 29 de la avenida Mediterráneo, éste con dos miradores de cierta elegancia.

El más suntuoso de todos ellos, Reina, 61, puede parangonarse con los que se hallan en el ensanche de la capital, por su mayor elevación y más cuidada decoración en los remates, balconaje, rica rejería y entrelazos, enmarcando la puerta principal de noble maderaje. De nuevo observamos el entrelazo en Reina, 184, aquí con cierto aire morisco. Asimismo los óculos cuatrilobulados, que sirven de transición a la cornisa en Reina, 61, se repiten, aunque en forma ya ovalada, en los nú-

(3) Ver GARCÍA ANTÓN, Irene, *Problemática alicantina del modernismo arquitectónico*, "Estudios Pro Arte", núm. 5, enero-marzo 1976, pág. 46.

meros 64 y 66, con sendos remates en forma de espadaña que recuerda el barroco.

Alternando con esta versión «oficial» del «art nouveau», la nota singular la ofrece el delicioso conjunto popular e ingenuo de las casitas, en general unifamiliares, de El Cabañal y Cañamelar, que ha merecido la incoación de conjunto de «interés histórico-artístico» en 1978.

Su principal característica es la utilización en los interiores, y sobre todo en las fachadas, de revestimientos cerámicos de los más variados tipos, colores y aun estilos junto a la labor de forja, generalmente plateada, que campea en balcones y ventanas.

La cerámica no queda reducida a las fachadas, pues con independencia, figuran las estaciones del Vía Crucis distribuidas en graciosos retabillos por calles y fachadas, que continúan una tradición valenciana secular pródiga en escenas de tipo religioso. La novedad consiste en el uso tan prolijo que se hizo de la cerámica como puro elemento decorativo. Quizá una de las razones que lo justifiquen sea la existencia de un almacén de azulejos de Onda en aquella zona (4), aunque no encuentro satisfactoria la explicación; más bien hay que aludir, junto a este motivo, al intento de imitar los grandes edificios públicos que construyeron en Valencia a comienzos de siglo con abundante decoración cerámica de temas regionales —Estación, mercado de Colón, etc.—, muchos de los cuales están presentes en esta versión popular; ello daría fe de su prolongado uso hasta comienzos de la guerra española, aunque alguno, Marqués de Guadalest, 17, se anticipa a aquéllos, ya que se construyó en 1904.

El hecho es que, dada su extraordinaria variedad, se hace muy difícil una clasificación sistemática, dificultad que se ve acrecentada por mezclarse, no pocas veces, en un mismo edificio distintos tipos de azulejos que restan unidad al conjunto. Las notas más comunes armonizan la línea geométrica con motivos generalmente florales en una deliciosa policromía, a veces reducida a la alternancia de verdes y blancos o blancos y azules. Los azulejos no guardan tampoco uniformidad, habiéndolos rectangulares y cuadrados, lisos y biselados, sin dibujo o con rica ornamentación.

La ubicación de todos estos edificios, algunos, desgraciadamente, ya abandonados o en avanzado deterioro (5), se halla fundamentalmente en las calles de la Reina, Barraca, Progreso, José Benlliure y Escalante, y en menor grado, en las de Vidal de Canelles, Mediterráneo, Pintor Ferrandis, Doctor Lluch, Marqués de Guadalest, Nicolau de Monsoriu, Eugenia Viñes, San Pedro, Tramoyeres, Pedro Maza y alguna otra ya lindante con La Malvarrosa.

Es muy corriente el ajedrezado en blanco y verde, así como las cenefas y guirnaldas florales: Reina, 196; Tramoyeres, 57; Pedro Maza, 17, que en ocasiones resaltan esbeltas ánforas de perfiles clásicos: Progreso, 262; José Benlliure, 275, o macetones con flores de gusto valenciano: José Benlliure, 287 y 317. En otras ocasiones toda la fachada se decora con rosetas o se cubre con grecas, cintas y estrellas: Doctor Lluch, 219. No es frecuente el azulejo verde con vetas blancas y biselado tal como aparece en Vidal de Canelles, 15.



Calle Progreso, 262. Cabañal-Valencia.

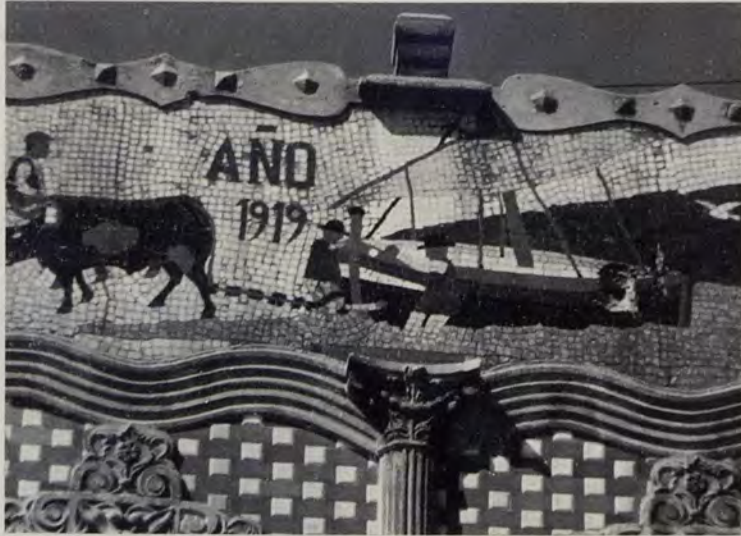
Junto al ajedrezado surgen combinaciones más originales con ondas que se alternan, produciendo un efecto óptico semejante a aquél.

La fauna es, en general, más reducida que la flora, limitándose a pájaros posados en las ramas, Reina, 173, o formando bellísimas composiciones de cisnes en el agua que se repiten como motivo decorativo, Nicolau de Monsoriu, 41, o imitando los cuadros de Sorolla pintados en la playa de La Malvarrosa con la pesca del «bou», Mediterráneo, 37, o simplemente con alguna barca de vela, Reina, 267.

En ciertas ocasiones el efecto de estas fachadas recuerda las labores de «punto de cruz», que sería el «equivalente» en este modernismo popular de la llamada «Casa del Punt de Gantxo» de la plaza de la Almoina, en el casco viejo de Valencia.

(4) ALMELA Y VIVES, *Fachadas cerámicas*, suplemento "Valencia" de "Levante", s. d.

(5) Julio Tormo ya alertó de este peligro en los artículos publicados en *Las Provincias* (6 y 7 de marzo de 1975) con el título "Conservar Valencia".



Avda. Mediterráneo, 37. Cabañal-Valencia.

No falta la figura humana, convertida en pura filigrana decorativa de ascendencia clásica, José Benlliure, 329, o de grácil perfil egipcio: Reina, 214; Barraca, 141; Escalante, 211, o bajo el signo mitológico de Mercurio: Barraca, 231, y aún de las delicadas, al parecer, nueve musas, San Pedro, 89.

En general priva lo gracioso, lo ingenuo, lo delicado y hasta lo bello, eludiendo lo grotesco o la caricatura, alguna vez presente, no obstante, bajo la efigie estilizada en las baldosas llamadas del «tío del bigot», Progreso, 262.

Aunque no son frecuentes los signos heráldicos, también se les utiliza como motivo decorativo, siendo curiosa la composición en la que aparece el escudo de España, Escalante, 262.

Junto a la cerámica no hay que descartar los caprichosos roleos de la forja o las yeserías que, en ocasiones, alternan con los azulejos, formando un conjunto de gran pintoresquismo y atractivo.

Hacemos, pues, votos porque este modernismo popular y feliz, ya roto por las casas recientemente construidas, pueda, al menos, conservar su ingenua originalidad ante el peligro de la expansión urbana que ahoga la huerta en su rápida carrera al mar y atenaza con peligro este barrio de antiguos pescadores.

ASUNCION ALEJOS MORAN